

Una proeza poco esclarecedora

LA HISTORIOGRAFÍA, EN LA MEDIDA EN QUE SU OBJETO de estudio es remoto, se vuelve comprensiblemente esquemática e inexacta. Pero asombra ver hasta qué punto un minucioso trabajo de investigación histórica puede desfigurarse un período tan reciente como el que abarca *On Becoming Cuban*. Su autor, Louis A. Pérez, Jr., goza de sólido y bien merecido prestigio con textos ya clásicos sobre la historia de Cuba, y ha compuesto un monumental retablo de las costumbres, gustos y aspiraciones de la sociedad cubana en el período republicano con el propósito de reducir a un denominador común la rica, variadísima y heterogénea vida cotidiana del país. Para superar el anacrónico colonialismo español y llegar a ser cubano —nos dice el autor, de ahí el título del libro— había que adoptar los principios de modernidad, progreso e iniciativa individual del modelo de vida norteamericano y, después de la independencia, su versión actualizada, la cultura consumista, porque «parecía proporcionar la posibilidad de libertad e igualdad al alcance de todo el mundo...» (p. 312; la traducción es mía). Este razonable planteamiento queda empañado, sin embargo, por una excesiva parcialidad. Es cierto que Pérez da en el clavo en un importante aspecto de la idiosincracia cubana de entonces. El *american way of life* había cautivado a la Cuba republicana, pero no a los extremos que él supone. Ni la vestimenta ni los hábitos alimenticios estaban especialmente norteamericanizados, ni lo estaba la vida nocturna («*Nightlife was in english*» p. 374), ni las emisiones radiales eran frecuentes en inglés («Una considerable programación en la década de los 50 se efectuaba en inglés» p. 333), ni los colegios privados más prestigiosos seguían el currículo norteamericano, ni el aprendizaje del inglés se veía, según la disparatada afirmación de un educador cubano, «...no sólo como una cuestión de oportunidad personal, sino como un acto de patriotismo» (p. 164).

V í c t o r B a t i s t a

Pérez contempla, fundamentalmente, los hábitos de determinada clase media urbana. La relación exhaustiva, y a ratos obsesiva, sobre los cambios «en la forma de adaptarse a diferentes modos culturales y nuevas convenciones sociales...» (p. 279) de procedencia norteamericana contrasta con la escasez de datos en cualquier otro sentido. Es notable su indiferencia para lo autóctono o lo específicamente cubano. No tiene en cuenta a la nutrida galería de personajes y símbolos —de Hatuey al sombrero de yarey, de Guarina a la Macorina— que han poblado el imaginario colectivo durante la república. La Cuba profunda no aparece en estas páginas; pienso, por ejemplo, en la arraigada presencia de las religiones sincréticas afrocubanas. Según el autor la norteamericanización de Cuba no sólo proporcionó «una manera eficaz de excluir a España, sino que también actuó para excluir a África...» (p. 89). Pero los dos componentes ancestrales básicos de la población de la Isla no hubieran podido ser ni remotamente excluidos durante la república. En la sociedad cubana de entonces perduraban valores fuertemente tradicionales, uno de cuyos síntomas más evidentes era el empeño de la burguesía, para nada inspirado en costumbres norteamericanas, en que sus hijas llegaran vírgenes al matrimonio. Y en su revelador libro sobre el feminismo cubano de la primera mitad del siglo xx (*From the House to the Streets*) K. Lynn Stoner comenta: «Aunque divididas sobre algunos temas, casi todas las feministas cubanas insistían en reverenciar la maternidad y el deseo de servir de complemento a los hombres. Equivocadamente o no, muchas cubanas creían que, conservando su feminidad y corvirtiéndola en el centro de su quehacer, se diferenciaban de las feministas norteamericanas».

Pero es, sobre todo, en los detalles donde se advierte el desconocimiento o la arbitrariedad en el tratamiento de la vida republicana. No se puede afirmar que el teatro Alhambra «...previamente el escenario principal para zarzuelas españolas, reabrió en 1899 bajo el nombre de American Café...» (p. 126), ignorando que el Alhambra no desapareció en la república sino que fue la sede de un popularísimo teatro vernáculo; o que la comercialización y norteamericanización de la Navidad impuso a Santa Claus sin mencionar que no erradicó otras tradiciones como los Reyes Magos, los Nacimientos, los turrónes o el lechón. La circulación mensual de 60,000 lectores de *Selecciones del Readers Digest* (p. 359) no aclara nada si no se contrasta con la circulación semanal de 250,000 de la revista *Bohemia*; la música popular —el son, fundamentalmente— no necesitó del turismo norteamericano para introducirse en la sociedad y su éxito internacional le vino de Europa (el premio al Septeto Nacional en la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929, por ejemplo) tanto como de Estados Unidos. Había una minoría intelectual que miraba a Europa más que a Estados Unidos; la meta de los aspirantes a cineastas no era Hollywood, sino Roma, la de los pintores no era Nueva York, sino París, etc. Y aunque el autor le dedica a la interacción entre cubanos y norteamericanos páginas interesantes en el marco de actividades como el *base-ball* donde los aportes fueron mutuos, es imperdonable que mencione a Desi Arnaz y a Xavier Cugat con respecto a la influencia cubana sobre la

música popular norteamericana (su influencia fue, como él mismo apunta, en cuanto fenómenos mediáticos), y no a Chano Pozo o Mario Bauzá, por ejemplo.

Hay que inferir que para Pérez la república no tenía identidad propia porque carecía, según él, de independencia política y económica. Una nación no podía constituirse bajo las condiciones prevalecientes en la Cuba de entonces, debido a las «inherentes limitaciones de las estructuras capitalistas dependientes de una economía de exportación...» (p. 251). Parte fundamentalmente de la creencia en la cultura como epifenómeno o reflejo de una infraestructura económica y política; los cubanos, por tanto, no podrían forjarse una imagen adecuada de sí mismos mientras no fueran los dueños absolutos de su destino (aunque reconoce que «...no eran receptores pasivos de nuevos valores...» [p.161], es poco lo que aporta en su apoyo). No niega que hubiera en la república un arraigado nacionalismo, uno de cuyos polos era «la resistencia a los Estados Unidos, porque constituía una amenaza para una nacionalidad separada...» (p. 95). Pero todo el énfasis del libro recae en el otro polo de lo que él llama la «tensión central del nacionalismo cubano», es decir, «la emulación de los modos norteamericanos, especialmente aquéllos que pudieran mejorar materialmente la vida de los ciudadanos» (p. 95). Según él, los cubanos aspiraban a alcanzar un nivel de vida comparable al norteamericano, caso insólito entre los pueblos latinoamericanos. Y nivel de vida norteamericano, para su concepción funcional de la cultura, implica estilo de vida norteamericano. Para él, norteamericanización significa desarrollo y alto índice de consumo. Pero consumismo no equivale a cultura, ni tiene nacionalidad; no fue hasta después de la segunda guerra mundial que se impuso de lleno en Estados Unidos, y en ese sentido la «norteamericanización» de Cuba fue sólo un avance de lo que sucedería después en las clases medias de todas partes. Pérez no se conforma con destacar el impresionante desarrollo tecnológico¹ y el fervor consumista de los cubanos, y concluir que el radicalismo de la revolución se debió a un exceso de expectativa más que a un exceso de pobreza, sino que también se empeña absurdamente en demostrar que ningún ámbito de la vida cotidiana insular escapaba a la impronta del vecino del Norte. Y la debilidad de este planteamiento se extiende a la premisa fundamental del libro.

Porque si las costumbres y la cultura de la Cuba republicana no eran ni mucho menos totalmente dependientes de Estados Unidos, tampoco lo eran la economía y la política. Según Pérez, la economía de la Isla estaba abocada a

¹ «Hacia 1921 Cuba tenía el mayor número de teléfonos *per cápita* en América Latina... Hacia 1933 un total de 62 estaciones de radio estaban transmitiendo, situando a Cuba cuarta en el mundo después de Estados Unidos con 625; Canadá, 77 y la Unión Soviética, 68... Hacia fines de los cincuenta Cuba era la novena del mundo en cantidad de aparatos de televisión y cuarta —después de Estados Unidos, Inglaterra y Canadá— en el número de canales de televisión... etc». (pp. 328-334)

un callejón sin salida en el cual ya había entrado en la década de los cincuenta con el estancamiento de la industria azucarera. Asimismo destaca que, en 1927, «el control estadounidense de la producción azucarera era el factor más sobresaliente de la economía cubana» (p. 221). Ese sólo dato da pie a que el autor adopte como metáfora de la Isla entera a lo largo de toda la república al central azucarero de propiedad norteamericana, y concluya:

La compañía azucarera era emblemática de casi todo lo que estaba mal en las relaciones de Cuba con Estados Unidos: la impotencia, la medida en la cual el ingenio constituía un mundo en sí mismo dentro del cual los cubanos no tenían más derechos que los concedidos por la compañía y para lo cual no existía remedio ni reparación. «Cuba para el hacendado americano», dice el protagonista campesino en la novela de Raimundo Cabrera *Sombras eternas* (1919), «es lo que era para el viejo peninsular: una colonia, una tierra para la explotación, y el cubano un siervo». (p. 237)

En primer lugar, el autor debió haber tenido en cuenta —y no, por supuesto, por boca del guajiro de *Sombras eternas*— que la modernización y el auge de la industria azucarera fue, desde el siglo XVIII, una iniciativa criolla, no española ni norteamericana, obra de una elite u oligarquía que se preciaba de diferenciarse cultural y económicamente, aunque no políticamente, de la metrópoli. Pero, sobre todo, el autor debió mencionar que el control criollo de la industria azucarera, perdido en las guerras de independencia, volvió mayormente, a partir de la cuarta década del siglo XX, a manos cubanas.

A partir de la política rooseveltiana del buen vecino y la abolición de la Enmienda Platt el Gobierno de Estados Unidos interfería menos en Cuba, la inversión privada extranjera disminuía con relación a la década del 20, y empezaba a aumentar en renglones no azucareros. Cuba se estaba «cubanizando»; su economía crecía y se diversificaba, aunque insuficientemente. Cancelada la etapa ultranacionalista y antiimperialista de los años treinta, los gobiernos democráticos de Batista, Grau y Prío se permitían regular la economía con una política distributiva que iba en detrimento de la inversión y la producción, pero que aseguraba la paz social. La verdadera tensión central interna del nacionalismo cubano entonces era entre *laissez-faire* e igualitarismo —o sea, producción y distribución—. Pero Pérez no le concede a la república autonomía alguna. Su análisis se basa en la antaño debatida y ya rebasada teoría de la dependencia. No registra ni refleja los avances importantísimos en el análisis del desarrollo latinoamericano y, por tanto, presenta una Cuba republicana unidimensional cuando la realidad era mucho más compleja. Pudiera argumentarse, por ejemplo, que la Isla se acercaba a un despegue de lo que Fernando Henrique Cardoso acuñó como «desarrollo dependiente» en el cono sur. Si bien en Cuba se daba con matices propios y distintos. El sostenido crecimiento de la industria no azucarera en los 50, el aumento notable de las importaciones de bienes de capital para esta industria y el incremento de las inversiones cubanas y de Estados Unidos en sectores no azucareros apuntaban

hacia esa transformación. Aunque también es cierto que no habían desplazado a la estancada industria azucarera como motor de desarrollo; el nivel de vida no había mejorado con respecto a décadas anteriores y, Pérez lo recalca, ello producía un creciente descontento.

Es sólo a partir de la década de los cincuenta que surge en la república, según Pérez, un fuerte sentimiento de auto-afirmación nacional como consecuencia de la crisis política y, sobre todo, económica. Le atribuye a la frustración de las expectativas económicas, más que a la corrupción o a la tiranía política, la causa del «desafiante nacionalismo» que desembocó en la revolución. Además, para Pérez en los 50 la cultura también es motor de cambio, se convierte, debido a la represión batistiana, en un sustituto de la política, y ofrece una perspectiva imaginativa que permite concebir cambios radicales en el rumbo de la nación. Sería difícil reconocer, sin embargo, en el pesimismo de las elites intelectuales de entonces una anticipación del espíritu revolucionario; sería difícil asociar los «cotos de mayor realeza» frecuentados por Lezama Lima, para quien el país estaba «frustrado en lo esencial político», con las luchas políticas de los 50. Es perfectamente aplicable a la trayectoria de las minorías intelectuales durante la república la opinión de Aldous Huxley — «La lógica interna y la historia reciente del arte tienen más influencia sobre el artista que los eventos sociales, políticos o religiosos de la época en que vive»—. La generación de *Órigenes* reaccionó contra el estrecho nacionalismo cultural de la generación de *Avance* —que se agotó en compromiso político— ensimismándose en la búsqueda de tradiciones y raíces ontológicas, la de *Ciclón*, a su vez, contra el trascendentalismo y la idealización genealógica origenista por medio de un nihilismo y una orfandad existencial que no presagiaban en modo alguno lo que sucedería en el país inmediatamente después. Y en cuanto al surgimiento de auto-afirmación nacional en la cultura popular ¿quién puede asegurar que no se debió a la liberalidad que prevaleció durante los anteriores gobiernos democráticos más que a la represión de la dictadura batistiana?² La forja de una conciencia común que aspire a una nacionalidad plena, enriqueciéndose con la incorporación de elementos en principio marginales o dispares, no responde a esquemas políticos determinados. La cultura cubana, en fin, ha sido mucho más autónoma y su relación con lo social, económico o político más compleja que lo que el autor sugiere.

Pérez está atrapado en el círculo vicioso de su concepción del nacionalismo cubano como una tensión entre «emulación» y «resistencia», cuyo centro de gravedad está, por tanto, en Estados Unidos. No considera que la revolución estaba abocada, por su propia dinámica, a separarse de la órbita norteamericana. Distingue entre una primera etapa revolucionaria ideada por moderados que aspiraban a un trato de igualdad con Estados Unidos y una segunda etapa

² Es inexacto, por ejemplo, que sólo hacia 1960, con el cambio revolucionario, el traje y la corbata fueron sustituidos por la guayabera (p. 484), sino desde mucho antes eran intercambiables (ya cuando Prío, se visitaba oficialmente Palacio con guayabera y lacito).

socialista. Piensa que esa primera etapa fue ampliamente respaldada (...«hay evidencia abundante para sugerir que las medidas tomadas los primeros doce meses fueron apoyadas por casi todos los cubanos, aún aquéllos afectados adversamente por las reformas». p. 492), y que es el modelo a seguir para una imprescindible reconciliación. Pero le atribuye a la intransigencia del Gobierno norteamericano la responsabilidad total del giro tomado por la revolución, y esta interpretación, a la luz de los acontecimientos posteriores, es insatisfactoria. De poco sirve subrayar la responsabilidad norteamericana en el *impasse* nacional si se ignora, bajo pretexto de la desigual correlación de fuerzas, la responsabilidad que corresponde a los cubanos. Me sería imposible abarcar las intenciones del autor en este vastísimo pero incompleto panorama de la Cuba republicana. Una intención sería la de advertirle a Estados Unidos, de cara a un hipotético futuro, en el que se repitiera el pasado, que no vuelva a cometer el mismo error. Pero para mí no está claro si el error consistió en alentar a los cubanos a creerse acreedores, sin base para ello, a un nivel de vida similar al norteamericano o si fue, por el contrario, no haberles facilitado ese nivel de vida junto al estilo de vida norteamericano. En cualquiera de los dos casos, sin embargo, el destino de los cubanos dependería de Estados Unidos. Es una lástima que la formidable empresa de Louis A. Pérez de reconstruir todas las aristas de la vida republicana resulte, a fuerza de sesgada, poco esclarecedora.

